

TRADUCCIÓN Y PRESENTACIÓN PARA UN PROYECTO EDITORIAL DE “THE CRYSTAL EGG” DE H. G. WELLS

103698 - Treball de Fi de Grau

Grado en Traducción e Interpretación
Curso académico 2014-15

Estudiante: Javier García Franco

Tutor: Gabriel López Guix

10 de junio de 2015

Facultat de Traducció i d'Interpretació
Universitat Autònoma de Barcelona

Datos del TFG

Título: Traducción y presentación para un proyecto editorial de “*The Crystal Egg*” de H. G. Wells

Autor: Javier García Franco

Tutor: Gabriel López Guix

Centro: Facultat de Traducció i d’Interpretació

Estudios: Grado en Traducción e Interpretación

Curso académico: 2014-15

Palabras clave

Huevo de cristal, crystal egg, wells, traducción, español, proyecto editorial, presentación

Resumen del TFG

En el trabajo se exponen los aspectos más importantes de la obra de H. G. Wells *The Crystal Egg*, como el estilo, la forma o la importancia que tuvo en su época, así como un resumen de la historia. También se puede encontrar una breve biografía de la vida del autor relacionada con dicha obra. A continuación, se incluye la obra original en inglés y la traducción realizada para este trabajo.

Aviso legal

2015 © Javier García Franco, Barcelona. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

I - Presentación

Obra y autor

Sobre la obra

Sinopsis

Sobre el autor

II - Obra original

III - Traducción

IV - Bibliografía

I

Presentación

Obra y autor

Título original: *The Crystal Egg*

Autor: Herbert George Wells

Año de publicación: 1897

Sobre la obra

Sinopsis:

Cuenta la historia de un vendedor de antigüedades, el señor Cave, que se encuentra con un objeto de cristal con forma de huevo. Cave le ha puesto un precio desorbitado, y su familia intenta persuadirlo para que lo venda al enterarse del interés de dos compradores, pero éste se niega y lo esconde en la casa del señor Wace, un ayudante de prácticas de hospital. Junto con él, el señor Cave descubre que el cristal, bajo las condiciones de iluminación adecuadas, puede ofrecer la visión de un campo abierto y de unas extrañas criaturas. Cave llega a obsesionarse con estas visiones y, tras contemplarlas durante mucho tiempo con la ayuda del señor Wace, llega a la conclusión de que ese mundo que ve en el cristal es Marte, y las extrañas criaturas son marcianos. Al final del relato, se cuenta cómo el señor Wace, tras la repentina muerte de Cave, se entera de que el cristal ha sido vendido por su familia, y emprende una búsqueda que termina sin éxito.

The Crystal Egg es un cuento de ciencia ficción escrito en el año 1897 y publicado ese mismo año en la revista *The New Review*. Ésta y otras historias cortas del mismo autor escritas entre 1897 y 1898 fueron recopiladas en una colección de ciencia ficción llamada *Tales of Space and Time*, publicada en 1899. También se incluyó en otra recopilación de treinta y tres relatos cortos de ciencia ficción y fantasía de Wells escritos entre 1894 y 1909, llamada *The Country of the Blind and Other Stories* y publicada por primera vez en 1911. La obra ha sido adaptada en varias ocasiones, como por ejemplo en forma de un episodio de la serie de televisión *Tales of Tomorrow* de los años 50, o también en otra miniserie de 2001 conocida como *The Infinite Worlds of H.G. Wells*, en la que se adaptaban diversas historias cortas del autor.

A menudo se habla de H.G Wells como uno de los padres de la ciencia ficción, puesto que fue uno de los primeros en contar historias de ficción con base científica. *The Crystal Egg* es también pionera al ser de las primeras en describir minuciosamente otros mundos, dando detalles de sus paisajes, sus edificios o sus habitantes.

Al tratarse de una obra que fue escrita cuando el género acababa de nacer, es normal que tanto el estilo como el ritmo difieran un poco de las obras de ciencia ficción modernas, las cuales se espera que sean más dinámicas, por ejemplo. Esto se debe también al hecho de que sea un relato corto, en el que no hay tiempo para que se desarrolle una trama compleja ni se profundice mucho en los personajes. Así, tramas más desarrolladas sí se pueden ver en otras novelas largas de Wells, como *La guerra de los mundos*. Sin embargo, como ya se ha mencionado, estableció, en parte gracias a *The Crystal Egg*, las bases de la descripción de mundos y culturas extraterrestres, tan utilizada posteriormente por los escritores del género.

Sobre el autor

Herbert George Wells nació en 1866 en el seno de una familia de clase media-baja. Su padre trabajaba en una pequeña tienda de poco éxito, y a principios de 1880 también él se convertiría en aprendiz de tendero. Estos detalles se pueden observar en su obra, por ejemplo en *The Crystal Egg*, donde el protagonista es dueño de una tienda de antigüedades que apenas le da a su familia para vivir bien. En 1874 sufre un accidente en el que se rompe la pierna y debe guardar reposo en cama, tiempo durante el cual comenzó a interesarse por la lectura y a aficionarse a escribir. En 1890 se graduó en zoología en la Universidad de Londres, y sus conocimientos científicos y naturalistas se verían plasmados en sus obras de ciencia ficción.

En 1897 escribió *The Crystal Egg*, año en el que también se encontraba escribiendo *The War of the Worlds*, una de sus obras más conocidas, que vería la luz el año siguiente. Se ha especulado mucho sobre la posibilidad de que ambas obras estén relacionadas, compartiendo un mismo universo. La prueba de ello está en que las dos comparten el mismo tema (Marte), o en las similitudes que existen entre las criaturas descritas en las historias

Su condición social y las penurias y el hambre que pasó en su juventud se verían reflejadas en muchas de sus obras, en las que a menudo recurre al tema de la lucha de clases. En *The Crystal Egg* por ejemplo, aunque muy superficialmente, son descritas dos especies de criaturas viviendo en el planeta Marte, siendo una de ellas (unos insectos voladores gigantes) claramente dominante, llegando incluso a alimentarse de la otra (una especie de simios). Además de verse reflejado en su obra, la preocupación de Wells sobre el futuro de la especie humana le llevó a unirse a la Sociedad Fabiana, de ideología socialista, y a simpatizar con diferentes movimientos de ideología similar a lo largo de su vida.

Murió en Londres en 1946, posiblemente a causa de un ataque al corazón.

II

Obra original

The Crystal Egg

There was, until a year ago, a little and very grimy-looking shop near Seven Dials, over which, in weather-worn yellow lettering, the name of “C. Cave, Naturalist and Dealer in Antiquities,” was inscribed. The contents of its window were curiously variegated. They comprised some elephant tusks and an imperfect set of chessmen, beads and weapons, a box of eyes, two skulls of tigers and one human, several moth-eaten stuffed monkeys (one holding a lamp), an old-fashioned cabinet, a fly-blown ostrich egg or so, some fishing-tackle, and an extraordinarily dirty, empty glass fish-tank. There was also, at the moment the story begins, a mass of crystal, worked into the shape of an egg and brilliantly polished. And at that two people who stood outside the window were looking, one of them a tall, thin clergyman, the other a black-bearded young man of dusky complexion and unobtrusive costume. The dusky young man spoke with eager gesticulation, and seemed anxious for his companion to purchase the article.

While they were there, Mr. Cave came into his shop, his beard still wagging with the bread and butter of his tea. When he saw these men and the object of their regard, his countenance fell. He glanced guiltily over his shoulder, and softly shut the door. He was a little old man, with pale face and peculiar watery blue eyes; his hair was a dirty grey, and he wore a shabby blue frock-coat, an ancient silk hat, and carpet slippers very much down at heel. He remained watching the two men as they talked. The clergyman went deep into his trouser pocket, examined a handful of money, and showed his teeth in an agreeable smile. Mr. Cave seemed still more depressed when they came into the shop.

The clergyman, without any ceremony, asked the price of the crystal egg. Mr. Cave glanced nervously towards the door leading into the parlour, and said five pounds. The clergyman protested that the price was high, to his companion as well as to Mr. Cave — it was, indeed, very much more than Mr. Cave had intended to ask when he had stocked the article — and an attempt at bargaining ensued. Mr. Cave stepped to the shop door, and held it open. “Five pounds is my price,” he said, as though he wished to save himself the trouble of unprofitable discussion. As he did so, the upper portion of a woman’s face

appeared above the blind in the glass upper panel of the door leading into the parlour, and stared curiously at the two customers. "Five pounds is my price," said Mr. Cave, with a quiver in his voice.

The swarthy young man had so far remained a spectator, watching Cave keenly. Now he spoke. "Give him five pounds," he said. The clergyman glanced at him to see if he were in earnest, and when he looked at Mr. Cave again, he saw that the latter's face was white. "It's a lot of money," said the clergyman, and, diving into his pocket, began counting his resources. He had little more than thirty shillings, and he appealed to his companion, with whom he seemed to be on terms of considerable intimacy. This gave Mr. Cave an opportunity of collecting his thoughts, and he began to explain in an agitated manner that the crystal was not, as a matter of fact, entirely free for sale. His two customers were naturally surprised at this, and inquired why he had not thought of that before he began to bargain. Mr. Cave became confused, but he stuck to his story, that the crystal was not in the market that afternoon, that a probable purchaser of it had already appeared. The two, treating this as an attempt to raise the price still further, made as if they would leave the shop. But at this point the parlour door opened, and the owner of the dark fringe and the little eyes appeared.

She was a coarse-featured, corpulent woman, younger and very much larger than Mr. Cave; she walked heavily, and her face was flushed. "That crystal *is* for sale," she said. "And five pounds is a good enough price for it. I can't think what you're about, Cave, not to take the gentleman's offer!"

Mr. Cave, greatly perturbed by the irruption, looked angrily at her over the rims of his spectacles, and, without excessive assurance, asserted his right to manage his business in his own way. An altercation began. The two customers watched the scene with interest and some amusement, occasionally assisting Mrs. Cave with suggestions. Mr. Cave, hard driven, persisted in a confused and impossible story of an inquiry for the crystal that morning, and his agitation became painful. But he stuck to his point with extraordinary persistence. It was the young Oriental who ended this curious controversy. He proposed that they should call again in the course of two days — so as to give the alleged inquirer a fair chance. "And then we must insist," said the clergyman. "Five pounds." Mrs. Cave took it on herself to apologise for her husband, explaining that he was sometimes "a little odd," and as the two customers left, the couple prepared for

a free discussion of the incident in all its bearings.

Mrs. Cave talked to her husband with singular directness. The poor little man, quivering with emotion, muddled himself between his stories, maintaining on the one hand that he had another customer in view, and on the other asserting that the crystal was honestly worth ten guineas. "Why did you ask five pounds?" said his wife. "*Do* let me manage my business my own way!" said Mr. Cave.

Mr. Cave had living with him a step-daughter and a step-son, and at supper that night the transaction was re-discussed. None of them had a high opinion of Mr. Cave's business methods, and this action seemed a culminating folly.

"It's my opinion he's refused that crystal before," said the step-son, a loose-limbed lout of eighteen.

"*But Five Pounds!*" said the step-daughter, an argumentative young woman of six-and-twenty.

Mr. Cave's answers were wretched; he could only mumble weak assertions that he knew his own business best. They drove him from his half-eaten supper into the shop, to close it for the night, his ears aflame and tears of vexation behind his spectacles. Why had he left the crystal in the window so long? The folly of it! That was the trouble closest in his mind. For a time he could see no way of evading sale.

After supper his step-daughter and step-son smartened themselves up and went out and his wife retired upstairs to reflect upon the business aspects of the crystal, over a little sugar and lemon and so forth in hot water. Mr. Cave went into the shop, and stayed there until late, ostensibly to make ornamental rockeries for gold-fish cases, but really for a private purpose that will be better explained later. The next day Mrs. Cave found that the crystal had been removed from the window, and was lying behind some second-hand books on angling. She replaced it in a conspicuous position. But she did not argue further about it, as a nervous headache disinclined her from debate. Mr. Cave was always disinclined. The day passed disagreeably. Mr. Cave was, if anything, more absent-minded than usual, and uncommonly irritable withal. In the

afternoon, when his wife was taking her customary sleep, he removed the crystal from the window again.

The next day Mr. Cave had to deliver a consignment of dog-fish at one of the hospital schools, where they were needed for dissection. In his absence Mrs. Cave's mind reverted to the topic of the crystal, and the methods of expenditure suitable to a windfall of five pounds. She had already devised some very agreeable expedients, among others a dress of green silk for herself and a trip to Richmond, when a jangling of the front door bell summoned her into the shop. The customer was an examination coach who came to complain of the non-delivery of certain frogs asked for the previous day. Mrs. Cave did not approve of this particular branch of Mr. Cave's business, and the gentleman, who had called in a somewhat aggressive mood, retired after a brief exchange of words — entirely civil, so far as he was concerned. Mrs. Cave's eye then naturally turned to the window; for the sight of the crystal was an assurance of the five pounds and of her dreams. What was her surprise to find it gone!

She went to the place behind the locker on the counter, where she had discovered it the day before. It was not there; and she immediately began an eager search about the shop.

When Mr. Cave returned from his business with the dogfish, about a quarter to two in the afternoon, he found the shop in some confusion, and his wife, extremely exasperated and on her knees behind the counter, routing among his taxidermic material. Her face came up hot and angry over the counter, as the jangling bell announced his return, and she forthwith accused him of "hiding it."

"Hid *what?*" asked Mr. Cave.

"The crystal!"

At that Mr. Cave, apparently much surprised, rushed to the window. "Isn't it here?" he said. "Great Heavens! what has become of it?"

Just then Mr. Cave's step-son re-entered the shop from the inner room — he had come home a minute or so before Mr. Cave — and he was blaspheming freely. He was apprenticed to a second-hand furniture dealer down the road, but he had his meals at home, and he was naturally annoyed to find no dinner ready.

But when he heard of the loss of the crystal, he forgot his meal, and his anger was diverted from his mother to his step-father. Their first idea, of course, was that he had hidden it. But Mr. Cave stoutly denied all knowledge of its fate, freely offering his bedabbled affidavit in the matter — and at last was worked

up to the point of accusing, first, his wife and then his stepson of having taken it with a view to a private sale. So began an exceedingly acrimonious and emotional discussion, which ended for Mrs. Cave in a peculiar nervous condition midway between hysterics and amuck, and caused the step-son to be half-an-hour late at the furniture establishment in the afternoon. Mr. Cave took refuge from his wife's emotions in the shop.

In the evening the matter was resumed, with less passion and in a judicial spirit, under the presidency of the step-daughter. The supper passed unhappily and culminated in a painful scene. Mr. Cave gave way at last to extreme exasperation, and went out banging the front door violently. The rest of the family, having discussed him with the freedom his absence warranted, hunted the house from garret to cellar, hoping to light upon the crystal.

The next day the two customers called again. They were received by Mrs. Cave almost in tears. It transpired that no one *could* imagine all that she had stood from Cave at various times in her married pilgrimage. . . . She also gave a garbled account of the disappearance. The clergyman and the Oriental laughed silently at one another, and said it was very extraordinary. As Mrs. Cave seemed disposed to give them the complete history of her life they made to leave the shop. Thereupon Mrs. Cave, still clinging to hope, asked for the clergyman's address, so that, if she could get anything out of Cave, she might communicate it. The address was duly given, but apparently was afterwards mislaid. Mrs. Cave can remember nothing about it.

In the evening of that day the Caves seem to have exhausted their emotions, and Mr. Cave, who had been out in the afternoon, supped in a gloomy isolation that contrasted pleasantly with the impassioned controversy of the previous days. For some time matters were very badly strained in the Cave household, but neither crystal nor customer reappeared.

Now, without mincing the matter, we must admit that Mr. Cave was a liar. He knew perfectly well where the crystal was. It was in the rooms of Mr. Jacoby Wace, Assistant Demonstrator at St. Catherine's Hospital, Westbourne Street. It stood on the sideboard partially covered by a black velvet cloth, and beside a decanter of American whisky. It is from Mr. Wace, indeed, that the particulars upon which this narrative is based were derived. Cave had taken off the thing to the hospital hidden in the dog-fish sack, and there had pressed the young investigator to keep it for him. Mr. Wace was a little dubious at first. His

relationship to Cave was peculiar. He had a taste for singular characters, and he had more than once invited the old man to smoke and drink in his rooms, and to unfold his rather amusing views of life in general and of his wife in particular. Mr. Wace had encountered Mrs. Cave, too, on occasions when Mr. Cave was not at home to attend to him. He knew the constant interference to which Cave was subjected, and having weighed the story judicially, he decided to give the crystal a refuge. Mr. Cave promised to explain the reasons for his remarkable affection for the crystal more fully on a later occasion, but he spoke distinctly of seeing visions therein. He called on Mr. Wace the same evening.

He told a complicated story. The crystal he said had come into his possession with other oddments at the forced sale of another curiosity dealer's effects, and not knowing what its value might be, he had ticketed it at ten shillings. It had hung upon his hands at that price for some months, and he was thinking of "reducing the figure," when he made a singular discovery.

At that time his health was very bad — and it must be borne in mind that, throughout all this experience, his physical condition was one of ebb — and he was in considerable distress by reason of the negligence, the positive ill-treatment even, he received from his wife and step-children. His wife was vain, extravagant, unfeeling, and had a growing taste for private drinking; his step-daughter was mean and over-reaching; and his step-son had conceived a violent dislike for him, and lost no chance of showing it. The requirements of his business pressed heavily upon him, and Mr. Wace does not think that he was altogether free from occasional intemperance. He had begun life in a comfortable position, he was a man of fair education, and he suffered, for weeks at a stretch, from melancholia and insomnia. Afraid to disturb his family, he would slip quietly from his wife's side, when his thoughts became intolerable, and wander about the house. And about three o'clock one morning, late in August, chance directed him into the shop.

The dirty little place was impenetrably black except in one spot, where he perceived an unusual glow of light. Approaching this, he discovered it to be the crystal egg, which was standing on the corner of the counter towards the window. A thin ray smote through a crack in the shutters, impinged upon the object, and seemed as it were to fill its entire interior.

It occurred to Mr. Cave that this was not in accordance with the laws of optics as he had known them in his younger days. He could understand the rays

being refracted by the crystal and coming to a focus in its interior, but this diffusion jarred with his physical conceptions. He approached the crystal nearly, peering into it and round it, with a transient revival of the scientific curiosity that in his youth had determined his choice of a calling. He was surprised to find the light not steady, but writhing within the substance of the egg, as though that object was a hollow sphere of some luminous vapour. In moving about to get different points of view, he suddenly found that he had come between it and the ray, and that the crystal none the less remained luminous. Greatly astonished, he lifted it out of the light ray and carried it to the darkest part of the shop. It remained bright for some four or five minutes, when it slowly faded and went out. He placed it in the thin streak of daylight, and its luminousness was almost immediately restored.

So far, at least, Mr. Wace was able to verify the remarkable story of Mr. Cave. He has himself repeatedly held this crystal in a ray of light (which had to be of a less diameter than one millimetre). And in a perfect darkness, such as could be produced by velvet wrapping, the crystal did undoubtedly appear very faintly phosphorescent. It would seem, however, that the luminousness was of some exceptional sort, and not equally visible to all eyes; for Mr. Harbinger — whose name will be familiar to the scientific reader in connection with the Pasteur Institute — was quite unable to see any light whatever. And Mr. Wace's own capacity for its appreciation was out of comparison inferior to that of Mr. Cave's. Even with Mr. Cave the power varied very considerably: his vision was most vivid during states of extreme weakness and fatigue.

Now, from the outset, this light in the crystal exercised a curious fascination upon Mr. Cave. And it says more for his loneliness of soul than a volume of pathetic writing could do, that he told no human being of his curious observations. He seems to have been living in such an atmosphere of petty spite that to admit the existence of a pleasure would have been to risk the loss of it. He found that as the dawn advanced, and the amount of diffused light increased, the crystal became to all appearance non-luminous. And for some time he was unable to see anything in it, except at night-time, in dark corners of the shop.

But the use of an old velvet cloth, which he used as a background for a collection of minerals, occurred to him, and by doubling this, and putting it over his head and hands, he was able to get a sight of the luminous movement within the crystal even in the day-time. He was very cautious lest he should be thus

discovered by his wife, and he practised this occupation only in the afternoons, while she was asleep upstairs, and then circumspectly in a hollow under the counter. And one day, turning the crystal about in his hands, he saw something. It came and went like a flash, but it gave him the impression that the object had for a moment opened to him the view of a wide and spacious and strange country; and turning it about, he did, just as the light faded, see the same vision again.

Now it would be tedious and unnecessary to state all the phases of Mr. Cave's discovery from this point. Suffice that the effect was this: the crystal, being peered into at an angle of about 137 degrees from the direction of the illuminating ray, gave a clear and consistent picture of a wide and peculiar country-side. It was not dream-like at all: it produced a definite impression of reality, and the better the light the more real and solid it seemed. It was a moving picture: that is to say, certain objects moved in it, but slowly in an orderly manner like real things, and, according as the direction of the lighting and vision changed, the picture changed also. It must, indeed, have been like looking through an oval glass at a view, and turning the glass about to get at different aspects.

Mr. Cave's statements, Mr. Wace assures me, were extremely circumstantial, and entirely free from any of that emotional quality that taints hallucinatory impressions. But it must be remembered that all the efforts of Mr. Wace to see any similar clarity in the faint opalescence of the crystal were wholly unsuccessful, try as he would. The difference in intensity of the impressions received by the two men was very great, and it is quite conceivable that what was a view to Mr. Cave was a mere blurred nebulosity to Mr. Wace.

The view, as Mr. Cave described it, was invariably of an extensive plain, and he seemed always to be looking at it from a considerable height, as if from a tower or a mast. To the east and to the west the plain was bounded at a remote distance by vast reddish cliffs, which reminded him of those he had seen in some picture; but what the picture was Mr. Wace was unable to ascertain. These cliffs passed north and south — he could tell the points of the compass by the stars that were visible of a night — receding in an almost illimitable perspective and fading into the mists of the distance before they met. He was nearer the eastern set of cliffs; on the occasion of his first vision the sun was rising over them, and black against the sunlight and pale against their shadow appeared a

multitude of soaring forms that Mr. Cave regarded as birds. A vast range of buildings spread below him; he seemed to be looking down upon them; and as they approached the blurred and refracted edge of the picture they became indistinct. There were also trees curious in shape, and in colouring a deep mossy green and an exquisite grey, beside a wide and shining canal. And something great and brilliantly coloured flew across the picture. But the first time Mr. Cave saw these pictures he saw only in flashes, his hands shook, his head moved, the vision came and went, and grew foggy and indistinct. And at first he had the greatest difficulty in finding the picture again once the direction of it was lost.

His next clear vision, which came about a week after the first, the interval having yielded nothing but tantalising glimpses and some useful experience, showed him the view down the length of the valley. The view was different, but he had a curious persuasion, which his subsequent observations abundantly confirmed, that he was regarding the strange world from exactly the same spot, although he was looking in a different direction. The long façade of the great building, whose roof he had looked down upon before, was now receding in perspective. He recognised the roof. In the front of the façade was a terrace of massive proportions and extraordinary length, and down the middle of the terrace, at certain intervals, stood huge but very graceful masts, bearing small shiny objects which reflected the setting sun. The import of these small objects did not occur to Mr. Cave until some time after, as he was describing the scene to Mr. Wace. The terrace overhung a thicket of the most luxuriant and graceful vegetation, and beyond this was a wide grassy lawn on which certain broad creatures, in form like beetles but enormously larger, reposed. Beyond this again was a richly decorated causeway of pinkish stone; and beyond that, and lined with dense red weeds, and passing up the valley exactly parallel with the distant cliffs, was a broad and mirror-like expanse of water. The air seemed full of squadrons of great birds, manoeuvring in stately curves; and across the river was a multitude of splendid buildings, richly coloured and glittering with metallic tracery and facets, among a forest of moss-like and lichenous trees. And suddenly something flapped repeatedly across the vision, like the fluttering of a jewelled fan or the beating of a wing, and a face, or rather the upper part of a face with very large eyes, came as it were close to his own and as if on the other side of the crystal. Mr. Cave was so startled and so impressed by the absolute reality of these eyes that he drew his head back from the crystal to look

behind it. He had become so absorbed in watching that he was quite surprised to find himself in the cool darkness of his little shop, with its familiar odour of methyl, mustiness, and decay. And as he blinked about him, the glowing crystal faded and went out.

Such were the first general impressions of Mr. Cave. The story is curiously direct and circumstantial. From the outset, when the valley first flashed momentarily on his senses, his imagination was strangely affected, and as he began to appreciate the details of the scene he saw, his wonder rose to the point of a passion. He went about his business listless and distraught, thinking only of the time when he should be able to return to his watching. And then a few weeks after his first sight of the valley came the two customers, the stress and excitement of their offer, and the narrow escape of the crystal from sale, as I have already told.

Now, while the thing was Mr. Cave's secret, it remained a mere wonder, a thing to creep to covertly and peep at, as a child might peep upon a forbidden garden. But Mr. Wace has, for a young scientific investigator, a particularly lucid and consecutive habit of mind. Directly the crystal and its story came to him, and he had satisfied himself, by seeing the phosphorescence with his own eyes, that there really was a certain evidence for Mr. Cave's statements, he proceeded to develop the matter systematically. Mr. Cave was only too eager to come and feast his eyes on this wonderland he saw, and he came every night from half-past eight until half-past ten, and sometimes, in Mr. Wace's absence, during the day. On Sunday afternoons, also, he came. From the outset Mr. Wace made copious notes, and it was due to his scientific method that the relation between the direction from which the initiating ray entered the crystal and the orientation of the picture were proved. And, by covering the crystal in a box perforated only with a small aperture to admit the exciting ray, and by substituting black holland for his buff blinds, he greatly improved the conditions of the observations; so that in a little while they were able to survey the valley in any direction they desired.

So having cleared the way, we may give a brief account of this visionary world within the crystal. The things were in all cases seen by Mr. Cave, and the method of working was invariably for him to watch the crystal and report what he saw, while Mr. Wace (who as a science student had learnt the trick of writing in the dark) wrote a brief note of his report. When the crystal faded, it was put

into its box in the proper position and the electric light turned on. Mr. Wace asked questions, and suggested observations to clear up difficult points. Nothing, indeed, could have been less visionary and more matter-of-fact.

The attention of Mr. Cave had been speedily directed to the bird-like creatures he had seen so abundantly present in each of his earlier visions. His first impression was soon corrected, and he considered for a time that they might represent a diurnal species of bat. Then he thought, grotesquely enough, that they might be cherubs. Their heads were round and curiously human, and it was the eyes of one of them that had so startled him on his second observation. They had broad, silvery wings, not feathered, but glistening almost as brilliantly as new-killed fish and with the same subtle play of colour, and these wings were not built on the plan of bird-wing or bat, Mr. Wace learned, but supported by curved ribs radiating from the body. (A sort of butterfly wing with curved ribs seems best to express their appearance.) The body was small, but fitted with two bunches of prehensile organs, like long tentacles, immediately under the mouth. Incredible as it appeared to Mr. Wace, the persuasion at last became irresistible that it was these creatures which owned the great quasi-human buildings and the magnificent garden that made the broad valley so splendid. And Mr. Cave perceived that the buildings, with other peculiarities, had no doors, but that the great circular windows, which opened freely, gave the creatures egress and entrance. They would alight upon their tentacles, fold their wings to a smallness almost rod-like, and hop into the interior. But among them was a multitude of smaller-winged creatures, like great dragon-flies and moths and flying beetles, and across the greensward brilliantly-coloured gigantic ground-beetles crawled lazily to and fro. Moreover, on the causeways and terraces, large-headed creatures similar to the greater winged flies, but wingless, were visible, hopping busily upon their hand-like tangle of tentacles.

Allusion has already been made to the glittering objects upon masts that stood upon the terrace of the nearer building. It dawned upon Mr. Cave, after regarding one of these masts very fixedly on one particularly vivid day that the glittering object there was a crystal exactly like that into which he peered. And a still more careful scrutiny convinced him that each one in a vista of nearly twenty carried a similar object.

Occasionally one of the large flying creatures would flutter up to one, and folding its wings and coiling a number of its tentacles about the mast, would

regard the crystal fixedly for a space — sometimes for as long as fifteen minutes. And a series of observations, made at the suggestion of Mr. Wace, convinced both watchers that, so far as this visionary world was concerned, the crystal into which they peered actually stood at the summit of the end-most mast on the terrace, and that on one occasion at least one of these inhabitants of this other world had looked into Mr. Cave's face while he was making these observations.

So much for the essential facts of this very singular story. Unless we dismiss it all as the ingenious fabrication of Mr. Wace, we have to believe one of two things: either that Mr. Cave's crystal was in two worlds at once, and that while it was carried about in one, it remained stationary in the other, which seems altogether absurd; or else that it had some peculiar relation of sympathy with another and exactly similar crystal in this other world, so that what was seen in the interior of the one in this world was, under suitable conditions, visible to an observer in the corresponding crystal in the other world; and *vice versa*. At present, indeed, we do not know of any way in which two crystals could so come *en rapport*, but nowadays we know enough to understand that the thing is not altogether impossible. This view of the crystals as *en rapport* was the supposition that occurred to Mr. Wace, and to me at least it seems extremely plausible . . .

And where was this other world? On this, also, the alert intelligence of Mr. Wace speedily threw light. After sunset, the sky darkened rapidly — there was a very brief twilight interval indeed — and the stars shone out. They were recognisably the same as those we see, arranged in the same constellations. Mr. Cave recognised the Bear, the Pleiades, Aldebaran, and Sirius; so that the other world must be somewhere in the solar system, and, at the utmost, only a few hundreds of millions of miles from our own. Following up this clue, Mr. Wace learned that the midnight sky was a darker blue even than our midwinter sky, and that the sun seemed a little smaller. *And there were two small moons!* “like our moon but smaller, and quite differently marked,” one of which moved so rapidly that its motion was clearly visible as one regarded it. These moons were never high in the sky, but vanished as they rose: that is, every time they revolved they were eclipsed because they were so near their primary planet. And all this answers quite completely, although Mr. Cave did not know it, to what must be the condition of things on Mars.

Indeed, it seems an exceedingly plausible conclusion that peering into this crystal Mr. Cave did actually see the planet Mars and its inhabitants. And if that be the case, then the evening star that shone so brilliantly in the sky of that distant vision was neither more nor less than our own familiar earth.

For a time the Martians — if they were Martians — do not seem to have known of Mr. Cave's inspection. Once or twice one would come to peer, and go away very shortly to some other mast, as though the vision was unsatisfactory. During this time Mr. Cave was able to watch the proceedings of these winged people without being disturbed by their attentions, and although his report is necessarily vague and fragmentary, it is nevertheless very suggestive. Imagine the impression of humanity a Martian observer would get who, after a difficult process of preparation and with considerable fatigue to the eyes, was able to peer at London from the steeple of St. Martin's Church for stretches, at longest, of four minutes at a time. Mr. Cave was unable to ascertain if the winged Martians were the same as the Martians who hopped about the causeways and terraces, and if the latter could put on wings at will. He several times saw certain clumsy bipeds, dimly suggestive of apes, white and partially translucent, feeding among certain of the lichenous trees, and once some of these fled before one of the hopping, round-headed Martians. The latter caught one in its tentacles, and then the picture faded suddenly and left Mr. Cave most tantalisingly in the dark. On another occasion a vast thing, that Mr. Cave thought at first was some gigantic insect, appeared advancing along the causeway beside the canal with extraordinary rapidity. As this drew nearer Mr. Cave perceived that it was a mechanism of shining metals and of extraordinary complexity. And then, when he looked again, it had passed out of sight.

After a time Mr. Wace aspired to attract the attention of the Martians, and the next time that the strange eyes of one of them appeared close to the crystal Mr. Cave cried out and sprang away, and they immediately turned on the light and began to gesticulate in a manner suggestive of signalling. But when at last Mr. Cave examined the crystal again the Martian had departed.

Thus far these observations had progressed in early November, and then Mr. Cave, feeling that the suspicions of his family about the crystal were allayed, began to take it to and fro with him in order that, as occasion arose in the daytime or night, he might comfort himself with what was fast becoming the most real thing in his existence.

In December Mr. Wace's work in connection with a forthcoming examination became heavy, the sittings were reluctantly suspended for a week, and for ten or eleven days — he is not quite sure which — he saw nothing of Cave. He then grew anxious to resume these investigations, and, the stress of his seasonal labours being abated, he went down to Seven Dials. At the corner he noticed a shutter before a bird fancier's window, and then another at a cobbler's. Mr. Cave's shop was closed.

He rapped and the door was opened by the step-son in black. He at once called Mrs. Cave, who was, Mr. Wace could not but observe, in cheap but ample widow's weeds of the most imposing pattern. Without any very great surprise Mr. Wace learnt that Cave was dead and already buried. She was in tears, and her voice was a little thick. She had just returned from Highgate. Her mind seemed occupied with her own prospects and the honourable details of the obsequies, but Mr. Wace was at last able to learn the particulars of Cave's death. He had been found dead in his shop in the early morning, the day after his last visit to Mr. Wace, and the crystal had been clasped in his stone-cold hands. His face was smiling, said Mrs. Cave, and the velvet cloth from the minerals lay on the floor at his feet. He must have been dead five or six hours when he was found.

This came as a great shock to Wace, and he began to reproach himself bitterly for having neglected the plain symptoms of the old man's ill-health. But his chief thought was of the crystal. He approached that topic in a gingerly manner, because he knew Mrs. Cave's peculiarities. He was dumfounded to learn that it was sold.

Mrs. Cave's first impulse, directly Cave's body had been taken upstairs, had been to write to the mad clergyman who had offered five pounds for the crystal, informing him of its recovery; but after a violent hunt, in which her daughter joined her, they were convinced of the loss of his address. As they were without the means required to mourn and bury Cave in the elaborate style the dignity of an old Seven Dials inhabitant demands, they had appealed to a friendly fellow-tradesman in Great Portland Street. He had very kindly taken over a portion of the stock at a valuation. The valuation was his own, and the crystal egg was included in one of the lots. Mr. Wace, after a few suitable condolences, a little off-handedly proffered perhaps, hurried at once to Great Portland Street. But there he learned that the crystal egg had already been sold to a tall, dark

man in grey. And there the material facts in this curious, and to me at least very suggestive, story come abruptly to an end. The Great Portland Street dealer did not know who the tall dark man in grey was, nor had he observed him with sufficient attention to describe him minutely. He did not even know which way this person had gone after leaving the shop. For a time Mr. Wace remained in the shop, trying the dealer's patience with hopeless questions, venting his own exasperation. And at last, realising abruptly that the whole thing had passed out of his hands, had vanished like a vision of the night, he returned to his own rooms, a little astonished to find the notes he had made still tangible and visible upon, his untidy table.

His annoyance and disappointment were naturally very great. He made a second call (equally ineffectual) upon the Great Portland Street dealer, and he resorted to advertisements in such periodicals as were lively to come into the hands of a *bric-a-brac* collector. He also wrote letters to *The Daily Chronicle* and *Nature*, but both those periodicals, suspecting a hoax, asked him to reconsider his action before they printed, and he was advised that such a strange story, unfortunately so bare of supporting evidence, might imperil his reputation as an investigator. Moreover, the calls of his proper work were urgent. So that after a month or so, save for an occasional reminder to certain dealers, he had reluctantly to abandon the quest for the crystal egg, and from that day to this it remains undiscovered. Occasionally, however, he tells me, and I can quite believe him, he has bursts of zeal, in which he abandons his more urgent occupation and resumes the search.

Whether or not it will remain lost for ever, with the material and origin of it, are things equally speculative at the present time. If the present purchaser is a collector, one would have expected the enquiries of Mr. Wace to have reached him through the dealers. He has been able to discover Mr. Cave's clergyman and "Oriental"—no other than the Rev. James Parker and the young Prince of Bosso-Kuni in Java. I am obliged to them for certain particulars. The object of the Prince was simply curiosity — and extravagance. He was so eager to buy because Cave was so oddly reluctant to sell. It is just as possible that the buyer in the second instance was simply a casual purchaser and not a collector at all, and the crystal egg, for all I know, may at the present moment be within a mile of me, decorating a drawing-room or serving as a paper-weight — its remarkable functions all unknown. Indeed, it is partly with the idea of such a

possibility that I have thrown this narrative into a form that will give it a chance of being read by the ordinary consumer of fiction.

My own ideas in the matter are practically identical with those of Mr. Wace. I believe the crystal on the mast in Mars and the crystal egg of Mr. Cave's to be in some physical, but at present quite inexplicable, way *en rapport*, and we both believe further that the terrestrial crystal must have been — possibly at some remote date — sent hither from that planet, in order to give the Martians a near view of our affairs. Possibly the fellows to the crystals on the other masts are also on our globe. No theory of hallucination suffices for the facts.

III

Traducción

El huevo de cristal

Había hasta hace un año un establecimiento pequeño y de aspecto mugriento cerca de Seven Dials, sobre el cual, en letras amarillas gastadas por la intemperie, estaba inscrito el nombre de «C. Cave, Naturalista y Anticuario». Los contenidos del escaparate presentaban una curiosa mezcolanza. Incluían algunos colmillos de elefante, un juego de ajedrez incompleto, abalorios y armas, una caja con ojos, dos calaveras de tigre y una humana, varios monos disecados devorados por las polillas (uno de ellos sosteniendo una lámpara), un armario pasado de moda, algo parecido a un deslustrado huevo de avestruz, algunos aparejos de pesca y un acuario de cristal vacío y extraordinariamente sucio. Había también, en el momento en el que comienza esta historia, un objeto de cristal tallado en forma de huevo e intensamente pulido. Y eso era lo que estaban mirando dos personas desde fuera del escaparate; uno de ellos un clérigo alto y delgado, el otro un joven de barba negra y tez morena vestido con un discreto traje. El joven moreno hablaba con gestos vehementes y parecía muy deseoso de que su compañero adquiriera el artículo.

Mientras estaban allí, entró en la tienda el señor Cave, la barba aún llena de restos del pan con mantequilla que se había tomado junto con el té. Cuando vio a esos hombres y el objeto de su atención, se le mudó el semblante. Miró por encima del hombro con aires de culpabilidad y cerró suavemente la puerta. Era un anciano menudo, con la cara pálida y unos peculiares ojos azul claro; el pelo era de un gris sucio, y llevaba una raída levita azul, una vieja chistera y unas zapatillas con los tacones sumamente gastados. Se quedó mirando a los dos hombres mientras éstos hablaban. El clérigo rebuscó en las profundidades del bolsillo de su pantalón, examinó un puñado de dinero y mostró los dientes en una sonrisa de aprobación. El señor Cave pareció aún más deprimido cuando entraron a la tienda.

El clérigo, sin ningún tipo de rodeos, preguntó por el precio del huevo de cristal. El señor Cave miró nerviosamente en dirección a la puerta que llevaba a la trastienda y respondió que cinco libras. El clérigo protestó que el precio era alto, tanto a su compañero como al señor Cave —era, en efecto, mucho más de

lo que el señor Cave tenía intención de pedir cuando puso el artículo en venta—, y hubo un intento de negociación. El señor Cave se dirigió hacia la puerta del establecimiento y la mantuvo abierta.

—El precio son cinco libras —dijo, como si deseara ahorrarse la molestia de una discusión estéril.

Mientras lo hacía, la parte de arriba de un rostro femenino apareció sobre la cortina tras el vidrio superior de la puerta que llevaba a la trastienda, y miró con curiosidad a los dos clientes.

—El precio son cinco libras —dijo el Sr. Cave, con un temblor en su voz. El joven moreno se había mantenido hasta ese momento como espectador, mirando fijamente al señor Cave. De pronto habló:

—Dale las cinco libras —dijo.

El clérigo lo miró para ver si iba en serio, y cuando se dirigió de nuevo al señor Cave, vio que la cara de éste estaba blanca.

—Es mucho dinero —dijo el clérigo y, tras buscar en el bolsillo, empezó a contar sus recursos. Tenía un poco más de treinta chelines, y pidió ayuda a su compañero, con el cual parecía tener una profunda familiaridad. Eso le dio al señor Cave la oportunidad de ordenar sus pensamientos, y entonces comenzó a explicar agitadamente que, en realidad, el cristal no estaba del todo a la venta. Sus dos clientes se sorprendieron, por supuesto, al oír eso y le preguntaron por qué no había pensado en ello antes de empezar a negociar. El señor Cave quedó desconcertado, pero se atuvo a su explicación, que el cristal no estaba en venta esa tarde, que ya había aparecido un probable comprador. Los dos hombres, considerando que se trataba de un intento de subir aún más el precio, hicieron ademán de abandonar el establecimiento. Sin embargo, en ese momento se abrió la puerta de la trastienda, y apareció la propietaria del flequillo moreno y los ojos pequeños.

Se trataba de una mujer corpulenta de rasgos toscos, más joven y mucho más grande que el señor Cave; caminaba pesadamente, y tenía la cara enrojecida.

—Ese cristal sí que está a la venta —dijo—. Y cinco libras es un precio razonable por él. ¡No sé en qué estás pensando al no aceptar la oferta de este caballero, Cave!

El señor Cave, sumamente alterado por la irrupción, la miró con enfado por encima de la montura de las gafas y, sin excesiva seguridad, reivindicó el

derecho de llevar su negocio como él quisiera. Comenzó una disputa. Los dos clientes observaron la escena con interés y un tanto divertidos, ayudando de vez en cuando a la señora Cave con sugerencias. El señor Cave, muy decidido, insistió en una confusa e imposible historia acerca de alguien que había preguntado por el cristal esa mañana, y su agitación se volvió penosa. Sin embargo, se mantuvo firme con una perseverancia extraordinaria. Fue el joven oriental quien puso fin a esa curiosa polémica. Propuso volver al cabo de dos días, con objeto de dar al supuesto comprador una oportunidad justa.

—Y entonces insistiremos —dijo el clérigo—.

—Cinco libras.

La señora Cave se sintió obligada a disculparse por la rudeza de su marido y explicó que a veces se mostraba «un poco raro» y, cuando los dos clientes se marcharon, la pareja se dispuso a tener una amplia discusión libre del incidente en todos sus aspectos.

La señora Cave le habló a su marido con singular rudeza. El pobre hombrecillo, temblando de emoción, se hizo un lío con sus historias, manteniendo por un lado que tenía otro cliente en perspectiva y, por otro, afirmando que el cristal bien valía diez guineas.

—¿Por qué has pedido cinco libras? —preguntó la mujer.

—¡Hazme el favor de dejar que lleve mi negocio como quiera!

—respondió el señor Cave.

El señor Cave tenía viviendo con él a una hijastra y un hijastro, y la transacción volvió a ser esa noche objeto de discusión. Ninguno de los dos tenía una elevada opinión de los métodos comerciales del señor Cave, y su acto les pareció una insensatez supina.

—A mí me parece que no ha querido venderlo otras veces —dijo el hijastro, un ágil granuja de dieciocho años.

—¡Pero eran cinco libras! —exclamó la hijastra, una discutidora joven de veintiséis.

Las respuestas del señor Cave resultaron lamentables; sólo pudo farfullar débiles afirmaciones de que era él quien mejor conocía su negocio. Lo acompañaron desde su cena a medio acabar hasta el establecimiento, para cerrarlo una vez concluida la jornada, con las orejas ardiéndole y lágrimas de irritación tras las gafas. «¿Por qué había dejado tanto tiempo el cristal en el

escaparate? ¡Qué insensatez!» Ésa era su preocupación más acuciante. Por un momento no vio forma de evitar la venta.

Después de la cena, los hijastros se arreglaron y salieron, y su mujer se retiró al piso de arriba para reflexionar sobre los aspectos comerciales del cristal, con un poco de limón, azúcar y demás en agua caliente. El señor Cave entró en el establecimiento y se quedó en él hasta tarde, supuestamente para hacer adornos para peceras, pero en realidad con un propósito secreto que se explicará mejor más adelante. Al día siguiente, la señora Cave descubrió que el cristal había desaparecido del escaparate y que se encontraba detrás de unos libros de segunda mano sobre pesca. Lo volvió a colocar en una posición visible, pero no discutió de nuevo sobre el tema, pues un dolor de cabeza le hacía ser reacia al debate. El señor Cave siempre era reacio a él. El día pasó de modo desagradable. El señor Cave se mostró, si cabía, más ausente de lo habitual, y también extraordinariamente irritable. Por la tarde, mientras su mujer se echaba la habitual siesta, quitó de nuevo el cristal del escaparate.

Al día siguiente, el señor Cave tuvo que entregar un pedido de cazón en uno de los hospitales universitarios, donde lo necesitaban para las clases de disección. En su ausencia, la mente de la señora Cave volvió al tema del cristal y a los métodos de desembolso adecuados para una ganancia inesperada de cinco libras. Ya había ideado algunas fórmulas muy agradables, entre otras un vestido de seda verde para ella y un viaje a Richmond, cuando el tintineo de la campanilla de la puerta la reclamó en el establecimiento. El cliente era un profesor particular que había acudido a quejarse por la no entrega de ciertas ranas solicitadas para el día anterior. La señora Cave no aprobaba ese ámbito específico del negocio del señor Cave, y el caballero, que había entrado con una actitud algo agresiva, se retiró tras un breve intercambio de palabras (totalmente corteses por su parte). La señora Cave volvió entonces la mirada hacia el escaparate, pues la visión del cristal constituía una garantía de las cinco libras y de sus sueños. ¡Cuál fue su sorpresa al ver no estaba!

Se dirigió al lugar tras la vitrina del mostrador donde lo había descubierto la víspera. Allí no estaba, e inmediatamente comenzó una intensa búsqueda por todo el establecimiento.

Cuando el señor Cave volvió de la entrega del cazón, a eso de las dos menos cuarto de la tarde, se encontró el lugar sumido en cierto desorden, y a su mujer sumamente exasperada y de rodillas tras el mostrador, buscando entre el

material taxidérmico. La cara de la mujer apareció por encima del mostrador, encendida y furiosa, cuando el tintineo de la campanilla le anunció su regreso, y ella lo acusó en el acto de «haberlo escondido».

—¿Escondido el qué? —preguntó el señor Cave.

—¡El cristal!

En ese momento, el señor Cave, aparentemente muy sorprendido, corrió hasta el escaparate.

—¿No está aquí? —preguntó—. Santo Dios, ¿qué ha sido de él?

Justo entonces, el hijastro del señor Cave entró al establecimiento desde el cuarto interior (había llegado como un minuto o así antes que el señor Cave) y se puso a blasfemar profusamente. Era aprendiz de un vendedor de muebles de segunda mano más abajo en la misma calle, pero comía en casa, y se sintió lógicamente molesto de no encontrar la comida hecha.

Sin embargo, cuando se enteró de la pérdida del cristal, se olvidó de la comida y desvió el enfado de su madre a su padrastro. Lo primero que pensaron, por supuesto, fue que él lo había escondido. De todos modos, el señor Cave negó rotundamente conocer su suerte, ofreció una profusa declaración salpicada de saliva y al final se enardeció hasta el punto de acusar a su mujer primero, y a su hijastro después, de habérselo llevado con la idea de venderlo por su cuenta. Así comenzó una discusión extremadamente áspera y vehemente, que culminó para la señora Cave en un peculiar estado nervioso a medio camino entre la histeria y la locura homicida, y que hizo que el hijastro llegara con media hora de retraso a la tienda de muebles esa tarde. El señor Cave se refugió de las emociones de su mujer en el establecimiento.

Por la noche se reanudó la discusión, con menos pasión y con espíritu más imparcial, bajo la presidencia de la hijastra. La cena transcurrió tristemente y terminó con una escena penosa. El señor Cave acabó por ceder a la exasperación, y salió a la calle dando un fuerte portazo. El resto de la familia, tras hablar de él con la libertad que garantizaba su ausencia, registró la casa desde el desván hasta el sótano, esperando dar con el cristal.

Al día siguiente, aparecieron de nuevo los dos clientes. Fueron recibidos por la señora Cave casi con lágrimas en los ojos. Ocurrió que nadie podía imaginar todo lo que había aguantado ella de Cave en diferentes momentos de su peregrinaje matrimonial. También ofreció un confuso relato de la desaparición. El clérigo y el oriental rieron entre sí en silencio y dijeron que

resultaba muy extraño. Dado que la señora Cave parecía dispuesta a contarles la historia completa de su vida, decidieron abandonar el establecimiento. Entonces ella, aferrándose aún a la esperanza, le pidió al clérigo su dirección para que, en caso de que lograra sacarle algo a Cave, pudiera comunicárselo. La dirección le fue debidamente entregada, pero al parecer más tarde se traspapeló. La señora Cave no recuerda ningún detalle.

Ese día por la noche, los Cave parecieron haber agotado sus emociones; y el señor Cave, que había salido durante la tarde, cenó en un sombrío aislamiento que contrastaba agradablemente con la exaltada polémica de los días anteriores. Durante algún tiempo, las cosas estuvieron muy tensas en la familia Cave, pero ni el cristal ni el cliente volvieron a aparecer.

Ahora bien, para no andar con rodeos, debemos admitir que el señor Cave era un mentiroso. Sabía muy bien dónde estaba el cristal. Estaba en los aposentos del señor Jacoby Wace, ayudante de prácticas en el hospital de Santa Catalina, en la calle Westbourne. Se encontraba en el aparador, medio cubierto por un paño de terciopelo negro y junto a una licorera de whisky estadounidense. De hecho, es del señor Wace de quien provino la información sobre la que se ha basado esta historia. Cave había llevado el objeto al hospital escondido en el saco de los cazones y, una vez allí, había insistido al joven investigador para que se lo guardara. El señor Wace se mostró algo indeciso al principio. Su relación con Cave era peculiar. Le gustaban los personajes singulares, y había invitado al anciano más de una vez a fumar y beber en sus aposentos, así como a exponer sus más bien entretenidos puntos de vista sobre la vida en general y sobre su mujer en particular. El señor Wace también había coincidido con la señora Cave en las ocasiones en que el señor Cave no se encontraba en casa para atenderlo. Conocía la constante intromisión a la que estaba sometido Cave y, tras sopesar la historia con imparcialidad, decidió dar refugio al cristal. El señor Cave prometió explicarle con mayor detalle las razones de su notable afecto por el cristal en otra ocasión, pero habló claramente de ver visiones en él. Esa misma noche, le hizo una visita al señor Wace.

Contó una historia complicada. El cristal, dijo, había llegado a sus manos junto con diversos efectos en la venta forzosa de las pertenencias de otro comerciante de curiosidades y, sin saber qué valor podía tener, lo marcó con el precio de diez chelines. Había permanecido en sus manos con ese precio durante

algunos meses y estaba pensando en «rebajar la cifra», cuando hizo un singular descubrimiento.

Por aquella época, su salud era muy mala (y debe tenerse en cuenta que, a lo largo de toda esa experiencia, su estado físico estaba muy menguado) y sufría de modo considerable a causa de la negligencia, los verdaderos malos tratos incluso, de que era objeto por parte de su mujer y sus hijastros. Su mujer era vanidosa, derrochadora, insensible y tenía una creciente afición a la bebida; su hijastra era mezquina y controladora; y su hijastro albergaba una violenta antipatía hacia él y no perdía ocasión de manifestarla. Las exigencias de su negocio lo abrumaban, y el señor Wace no cree que estuviera completamente exento de excesos ocasionales. Había vivido sus primeros años en una posición desahogada, era un hombre de una amplia educación; y sufría, durante semanas enteras, de depresión e insomnio. Temiendo molestar a su familia, abandonaba en silencio la cama donde dormía su mujer cuando sus pensamientos se volvían insoportables y deambulaba por la casa. Y a eso de las tres una madrugada, a finales de agosto, el azar lo llevó hasta el establecimiento.

El reducido y sucio lugar era de un negro impenetrable excepto en un punto, donde percibió un resplandor inusual. Al acercarse, descubrió que se trataba del huevo de cristal, que se encontraba en la esquina del mostrador cercana al escaparate. Un fino rayo atravesaba una rendija de los postigos, incidía sobre el objeto y parecía como si llenara todo su interior.

Al señor Cave le pareció que eso no se ajustaba a las leyes de la óptica tal como las había estudiado en sus días juveniles. Podía entender que los rayos fueran refractados por el cristal y se concentraran en su interior, pero aquella difusión no concordaba con su concepción de la física. Se acercó más al cristal y miró dentro y en torno a él con un resurgir pasajero de la curiosidad científica que en su juventud había determinado la elección de una vocación. Se sorprendió al descubrir que la luz no era estable, sino que se contorsionaba dentro del material del huevo, como si dicho objeto fuera una esfera hueca llena de algún tipo de vapor luminoso. Al moverse alrededor de él para tener diferentes puntos de vista, descubrió de repente que se había interpuesto entre el cristal y el rayo, y que, a pesar de ello, el cristal siguió siendo luminoso. Con gran asombro, lo apartó del rayo y lo llevó a la parte más oscura de la tienda. Siguió brillante durante unos cuatro o cinco minutos, luego se desvaneció

lentamente y se apagó. Lo situó en el fino rayo de luz, y la luminosidad volvió de forma casi inmediata.

Hasta ese punto, al menos, el señor Wace pudo verificar la extraordinaria historia del señor Cave. Colocó en repetidas ocasiones el cristal en un rayo de luz (que debía tener un diámetro inferior a un milímetro). Y en una oscuridad completa, como la que se obtiene con paños de terciopelo, no cabía duda de que el cristal mostraba una muy ligera fosforescencia. Sin embargo, parecía que la luminosidad era de algún tipo excepcional, y no resultaba visible de igual modo para todos los ojos; porque el señor Harbinger (cuyo nombre resultará familiar al lector científico por su relación con el Instituto Pasteur) fue del todo incapaz de ver ninguna clase de luz. Y la capacidad del propio Wace para apreciarla era en todo punto inferior a la del señor Cave. Incluso en el caso del señor Cave, la facultad variaba considerablemente: su visión se hacía más vívida durante los estados de debilidad y fatiga extremas.

Ahora bien, desde el principio, la luz del cristal produjo una curiosa fascinación en el señor Cave. Y dice mucho más de su carácter solitario que todo un volumen lleno de patetismo el hecho de que no contara a ningún ser humano sus curiosas observaciones. Al parecer vivía en tal atmósfera de mezquino rencor que la admisión de la existencia de un placer habría sido arriesgarse a su pérdida. Descubrió que, según avanzaba el alba y aumentaba la cantidad de luz difuminada, el cristal se volvía claramente no luminoso. Y durante un tiempo fue incapaz de ver nada en él, excepto por la noche en rincones oscuros del establecimiento.

Sin embargo, se le ocurrió utilizar un viejo paño de terciopelo que usaba como fondo para una colección de minerales y, doblándolo y colocándose sobre la cabeza y las manos, logró vislumbrar el movimiento luminoso dentro del cristal incluso durante el día. Se mostró muy cauto para no a ser descubierto por su mujer en tales circunstancias, y sólo practicó esa actividad por las tardes, mientras ella dormía en el piso de arriba, y además discretamente en un hueco bajo el mostrador. Y un día, mientras daba la vuelta al cristal con las manos, vio algo. Apareció y desapareció como un destello, pero le dio la impresión de que el objeto le abría por un momento la vista de un país amplio, espacioso y extraño; y, al dar más vueltas, vio otra vez, justo cuando la luz se desvanecía, la misma visión.

Sería aquí tedioso e innecesario detallar todas las etapas del descubrimiento del señor Cave a partir de ese momento. Baste decir que el efecto era el siguiente: el cristal, al mirarse desde un ángulo de unos 137 grados desde la dirección del rayo de luz, ofrecía una imagen clara y constante de una extensa y peculiar campiña. No era en absoluto como en un sueño: producía una impresión definida de realidad y, cuanto mejor era la luz, más real y firme parecía. Se trataba de una imagen móvil, esto es, algunos objetos se movían en ella, pero lenta y ordenadamente como las cosas reales, y, según cambiaba la dirección de la iluminación y de la visión, también cambiaba la imagen. En realidad, debió de ser como mirar un paisaje a través de un espejo ovalado, y moverlo para obtener diferentes aspectos.

Las declaraciones del señor Cave, me asegura el señor Wace, eran extremadamente detalladas y carecían por completo de esa naturaleza emocional que empaña las impresiones alucinatorias. Sin embargo, debe recordarse que todos los esfuerzos del señor Wace para ver una claridad similar en la débil opalescencia del cristal fracasaron enteramente por mucho que lo intentara. La diferencia entre la intensidad de las impresiones recibidas por los dos hombres era enorme, y resulta muy posible que lo que era para el señor Cave una visión constituyera para el señor Wace una simple nebulosidad borrosa.

El panorama, según lo describía el señor Cave, era invariablemente una extensa llanura, y él siempre parecía contemplarla desde una altura considerable, como desde una torre o un mástil. Al este y al oeste, la llanura estaba rodeada a una distancia remota por inmensos acantilados rojizos que le recordaban a unos que había visto en algún cuadro; pero el señor Wace fue incapaz de decir qué representaba. Estos acantilados iban de norte a sur —distinguía los puntos cardinales por las estrellas que se veían por la noche— y se alejaban en una perspectiva casi ilimitada hasta desvanecerse en las neblinas de la distancia antes de unirse. El señor Cave se encontraba más cerca del grupo oriental de acantilados; cuando tuvo su primera visión, el sol se alzaba sobre ellos, y, negra contra la luz del sol y pálida contra la sombra de los acantilados, apareció una multitud de formas voladoras, que identificó como pájaros. Una inmensa hilera de edificios se extendía bajo él; parecía estar mirándolos desde arriba; y se volvían menos definidos según se aproximaban al borroso y refractado límite de la imagen. Había también árboles de forma extraña, y de un oscuro color verde musgo y un gris muy delicado, junto a un canal amplio y

brillante. Y algo grande y de colores brillantes recorrió volando la imagen. Sin embargo, la primera vez que el señor Cave vio esas imágenes, vio sólo destellos, le temblaron las manos, movió la cabeza, la visión vino y se fue y se volvió borrosa y difuminada. Y, al principio, tuvo enormes dificultades para volver a encontrar la imagen una vez perdida la dirección.

Su siguiente visión clara, que se produjo en torno a una semana después de la primera y sin que ese intervalo aportara más que unos tentadores vislumbres y algo de experiencia útil, le mostró el valle en toda su longitud. La visión era diferente, pero llegó a la curiosa convicción, confirmada con creces por sus posteriores observaciones, de que estaba contemplando el extraño mundo desde el mismo punto exacto aunque mirando en otra dirección. La larga fachada del gran edificio, cuyo tejado había visto anteriormente desde arriba, se alejaba ahora en perspectiva. Reconoció el tejado. Delante de la fachada había una terraza de proporciones gigantescas y de una longitud extraordinaria y en su centro, a determinados intervalos, se alzaban unos mástiles enormes pero muy elegantes adornados con pequeños objetos brillantes que reflejaban el sol poniente. El señor Cave no se hizo una idea de la importancia de esos objetos hasta cierto tiempo después, cuando le describió la escena al señor Wace. La terraza dominaba un bosquecillo de la más exuberante y elegante vegetación, y más allá se extendía un amplio césped sobre el cual descansaban unas criaturas robustas con forma de escarabajos pero muchísimo más grandes. Aún más allá, se encontraba una calzada de piedra rosada abundantemente decorada; y más allá, bordeada por densas hierbas rojas y recorriendo el valle de forma exactamente paralela a los lejanos acantilados, había una amplia y reflectante extensión de agua. El aire parecía lleno de bandadas de grandes pájaros realizando majestuosas curvas; y al otro lado del río había una gran cantidad de edificios espléndidos, muy coloridos y relucientes a causa de la tricería y las facetas metálicas, entre un bosque de árboles con aspecto de musgo y cubiertos de líquenes. Y de repente algo se agitó repetidamente en la visión, como el movimiento de un abanico adornado con gemas o el batir de un ala, y una cara, o más bien la parte superior de una cara con unos ojos muy grandes, apareció como si estuviera cerca de su propia cara y como si estuviera al otro lado del cristal. El señor Cave se mostró tan sorprendido e impresionado por el realismo absoluto de aquellos ojos que retiró su cabeza del cristal para examinar el otro lado. Había quedado tan absorto en su contemplación que se sorprendió un poco

al encontrarse en la fría oscuridad de su pequeño establecimiento, con su habitual hedor a metilo, humedad y descomposición. Y, mientras parpadeaba para ajustar su mirada, el brillo del cristal se desvaneció y desapareció.

Tales fueron las primeras impresiones generales del señor Cave. La historia es curiosamente directa y detallada. Desde el principio, cuando el valle se le apareció como un fugaz destello captado por los sentidos, su imaginación se vio afectada de un modo extraño y, cuando comenzó a apreciar los detalles de la escena que veía, el asombro creció hasta convertirse en pasión. Vagaba por su negocio apático y desconsolado, pensando sólo en el momento de volver a su contemplación. Y entonces, unas semanas después de la primera visión del valle, llegaron los dos clientes, la tensión y la agitación de su oferta y el modo en que logró evitar por muy poco la venta del cristal, como ya he contado.

Ahora bien, mientras se trató de un secreto del señor Cave, sólo fue una simple maravilla, algo a lo que acercarse en sigilo y contemplar a escondidas como contemplaría un niño un jardín prohibido. Sin embargo, el señor Wace posee, para ser un investigador científico joven, un modo de razonar particularmente lúcido y lógico. En cuanto se encontró con el cristal y su historia, y se convenció viendo la fosforescencia con sus propios ojos de que existían pruebas de las afirmaciones del señor Cave, procedió a desarrollar el asunto sistemáticamente. El único deseo del señor Cave era acudir y deleitarse los ojos con ese país maravilloso que veía, y acudía todas las noches desde las ocho y media hasta las diez y media y, a veces, en ausencia del señor Wace, también durante el día. Los domingos por la tarde también acudía. Desde el principio, el señor Wace tomó abundantes notas, y gracias a su método científico logró demostrarse la relación entre la dirección desde la que el rayo inicial penetraba en el cristal y la orientación del paisaje. Y, cubriendo el cristal con una caja perforada con un único orificio para dar entrada al rayo desencadenante y sustituyendo sus persianas de color ante por Holanda negra, mejoró muchísimo las condiciones de observación; de tal modo que en poco tiempo fueron capaces de inspeccionar el valle en cualquier dirección que desearan.

Habiendo despejado así el camino, podemos ofrecer una breve descripción de ese visionario mundo del cristal. Las cosas eran vistas en todos los casos por el señor Cave, y el método de trabajo era siempre que él observara el cristal e informara de lo que veía, mientras el señor Wace (que, siendo

estudiante de ciencias había aprendido el truco de escribir en la oscuridad) redactaba una breve nota de lo referido. Cuando el cristal se atenuaba, era colocado en su caja en la posición adecuada y se encendía la luz eléctrica. El señor Wace hacía preguntas y proponía observaciones para aclarar puntos difíciles. Desde luego, nada podía haber sido menos visionario y más realista.

La atención del señor Cave enseguida se dirigió a las criaturas parecidas a pájaros tan abundantes en sus primeras visiones. No tardó en revisar la impresión inicial y por un tiempo consideró que podían ser una especie diurna de murciélagos. Luego pensó, muy grotescamente, que podían ser querubines. Tenían una cabeza redondeada y curiosamente humana, y los ojos de uno de ellos lo sorprendieron mucho en la segunda observación. Tenían alas anchas y plateadas, sin plumas, aunque relucían casi con tantos brillos como un pez recién pescado y con la misma gama sutil de irisaciones; y esas alas no estaban formadas según el diseño del ala de un ave o un murciélago, según logró entender el señor Wace, sino sujetas a unas costillas curvas que partían del cuerpo (una especie de ala de mariposa con costillas curvas quizá sea la mejor descripción de su apariencia). El cuerpo era pequeño, pero provisto de dos grupos de órganos prensiles como largos tentáculos, justo debajo de la boca. Por increíble que le pareciera al señor Wace, al final tuvo que convencerse de que tales criaturas eran las dueñas de los grandes edificios casi humanos y del magnífico jardín que engalanaba de modo tan espléndido el amplio valle. Y el señor Cave se dio cuenta de que los edificios, entre otras peculiaridades, no tenían puertas y que las grandes ventanas circulares, abiertas por completo, permitían la entrada y la salida de las criaturas. Éstas se posaban sobre sus tentáculos, plegaban las alas hasta que éstas parecían tan pequeñas como una vara y saltaban al interior. Sin embargo, entre ellas había una multitud de criaturas con alas más pequeñas, como libélulas, polillas y escarabajos voladores grandes, y unos gigantescos escarabajos de brillantes colores iban y venían con lentitud por todo el césped. Además, sobre las calzadas y las terrazas, se veían criaturas de cabeza grande, semejantes a las moscas de mayor tamaño pero sin alas, brincando afanosamente sobre una maraña de tentáculos con aspecto de manos.

Ya se ha aludido a los objetos relucientes situados sobre los mástiles que se elevaban en la terraza del edificio más cercano. El señor Cave cayó en la cuenta, tras observar con mucho detenimiento uno de esos mástiles en un día

particularmente diáfano, de que el objeto reluciente era un cristal idéntico a aquel en el que estaba mirando. Y un escrutinio aún más minucioso lo convenció de que todos los incluidos en un panorama de casi veinte mástiles estaban rematados por un objeto similar.

De vez en cuando, una de las grandes criaturas voladoras aleteaba hasta uno de ellos y, plegando las alas y enroscando varios tentáculos alrededor del mástil, contemplaba fijamente el cristal durante un rato, a veces durante quince minutos. Y tras una serie de observaciones sugeridas por el señor Wace, los dos observadores se convencieron de que, en lo referente al mundo objeto de sus visiones, el cristal en el que miraban se encontraba en realidad en la cima del mástil más alejado de la terraza y que en una ocasión al menos uno de los habitantes de ese otro mundo había escrutado la cara del señor Cave mientras él hacía las observaciones.

Hasta aquí los hechos esenciales de esta historia tan singular. A no ser que lo descartemos todo por ser un ingenioso cuento del señor Wace, tenemos que creer una de dos cosas: o ese cristal del señor Cave se encontraba en dos mundos a la vez y, mientras en uno era movido de un sitio a otro, en el otro permanecía inmóvil, lo cual sonaba completamente absurdo; o que el cristal tenía una peculiar relación de afinidad con otro exactamente igual en ese otro mundo, de modo que, lo que se veía en el interior del que se encontraba en este mundo, en condiciones apropiadas, podía observarse en el correspondiente cristal del otro mundo, y viceversa. Por ahora, ciertamente, no conocemos ningún forma en la que dos cristales pudieran encontrarse en semejante «relación», pero actualmente sabemos lo suficiente como para entender que tal cosa no es del todo imposible. Esta visión del cristal como una «relación» fue una suposición que se le ocurrió al señor Wace y, al menos a mí, me parece extremadamente plausible...

Y, ¿dónde se encontraba este otro mundo? De nuevo la mente despierta del señor Wace fue la que arrojó luz sobre este asunto. Tras la puesta del sol, el cielo se oscurecía rápidamente —en realidad había un breve lapso crepuscular— y brillaban las estrellas. Podían reconocerse las mismas que vemos desde aquí, ordenadas en las mismas constelaciones. El señor Cave reconoció la Osa, las Pléyades, Aldebarán y Sirio, de modo que ese otro mundo debía estar en algún lugar del sistema solar y, como mucho, unos pocos cientos de miles de kilómetros de nosotros. A partir de esta idea, el señor Wace descubrió que el

cielo nocturno era de un azul aún más oscuro que el de nuestro cielo invernal y que el Sol parecía un poco más pequeño. ¡Y había dos pequeñas lunas! Igual que nuestra luna pero más pequeñas y con marcas bastante diferentes, y una de ellas se movía tan rápido que se apreciaba claramente su movimiento cuando se la contemplaba. Estas lunas nunca se encontraban en lo alto del cielo, sino que desaparecían cuando estaban saliendo, es decir, cada vez que daba vueltas eran eclipsadas al estar tan cerca de su planeta. Y todo esto, aunque el señor Cave no lo sabía, respondía casi completamente a cuáles deben de ser las condiciones en Marte.

En efecto, parece una conclusión extremadamente plausible que, al mirar en el interior del cristal, el señor Cave viera en realidad el planeta Marte y sus habitantes. Y, si éste fuera el caso, entonces la resplandeciente estrella que brillaba en el cielo al atardecer en esa visión distante era ni más ni menos que nuestra propia Tierra conocida.

Por un tiempo, no parecía que los marcianos —si es que eran marcianos— supieran de la inspección del señor Cave. De vez en cuando uno se acercaba a mirar y se iba enseguida a algún otro mástil, como si la visión fuera insatisfactoria. Durante este tiempo, el señor Cave fue capaz de observar el comportamiento de esa gente con alas sin ser molestado por sus atenciones y, aunque su informe es inevitablemente vago e incompleto, es sin embargo muy sugerente. Imaginen la impresión que se llevaría de los humanos un observador marciano que, tras un complicado proceso de preparación y con una fatiga considerable en los ojos, pudiera ver Londres desde el chapitel de la iglesia de St. Martin en intervalos de, como mucho, cuatro minutos cada vez. El señor Cave era incapaz de determinar si los marcianos con alas eran los mismos que los marcianos que saltaban por las calzadas y las terrazas, y si éstos podían ponerse las alas a voluntad. Varias veces vio algunos bípedos torpes, que recordaban vagamente a simios, blancos y parcialmente traslúcidos, alimentándose entre algunos de los árboles cubiertos de líquen, y una vez algunos huyeron de uno de los marcianos de cabeza redonda que saltaban. Éste atrapó a uno de ellos con sus tentáculos y entonces la imagen se desvaneció de repente, dejando al señor Cave con el tormento en la oscuridad. En otra ocasión algo enorme, que el señor Cave creyó al principio que era algún insecto gigante, apareció avanzando por la calzada al lado del canal con extraordinaria rapidez. Al acercarse más, el señor Cave se percató de que era un mecanismo de metales

brillantes y una complejidad insólita. Y entonces, cuando volvió a mirar, había desaparecido de su vista.

Después de un tiempo, el señor Wace quiso atraer la atención de los marcianos, y la siguiente vez que los extraños ojos de uno de ellos aparecieron cerca del cristal, el señor Cave gritó y se apartó de un salto, e inmediatamente encendieron la luz y comenzaron a gesticular como si hicieran señales. Pero cuando por fin el señor Cave volvió a examinar el cristal, el marciano se había ido.

Hasta este punto, estas observaciones se desarrollaron a principios de noviembre, y entonces el señor Cave, sintiendo que se habían calmado las sospechas de su familia sobre el cristal, empezó a llevarlo consigo de aquí para allá para que, si se presentaba la ocasión de día o de noche, pudiera consolarse con aquello que se estaba convirtiendo rápidamente en lo más realista de su existencia.

En diciembre, el trabajo del señor Wace en relación a un examen próximo se hizo pesado, las sesiones se suspendieron a regañadientes durante una semana y, en diez u once días —no está del todo seguro— no supo nada del señor Cave. Entonces empezó a tener ganas de retomar las investigaciones y, habiéndose reducido el estrés de su trabajo, se dirigió a Seven Dials. En la esquina, se percató de una persiana en el escaparate de una pajarería, y después de otro en el de una zapatería. El establecimiento del señor Cave estaba cerrado.

Llamó a la puerta y abrió el hijastro vestido de negro. En seguida llamó a la señora Cave, la cual, según pudo observar el señor Wace, vestía ropa de luto barata pero enorme, con estampados de lo más imponentes. Sin mucha sorpresa, el señor Wace descubrió que el señor Cave había muerto y ya se le había enterrado. Ella estaba llorando y su voz era algo grave. Acababa de volver de Highgate. Su mente parecía estar ocupada en su propio futuro y en los ilustres detalles de sus exequias, pero el señor Wace pudo por fin enterarse de los detalles de la muerte de Cave. Lo habían encontrado muerto en su establecimiento por la mañana temprano, al día siguiente de la última visita al señor Wace, con sus manos frías como piedras sujetando el cristal. Tenía el rostro sonriente, dijo la señora Cave, y el paño de terciopelo de los minerales yacía en el suelo junto a sus pies. Debía de llevar muerto cinco o seis horas cuando lo encontraron.

Esto provocó una gran conmoción en Wace, que comenzó a reprocharse amargamente el haber ignorado los evidentes síntomas de la enfermedad del anciano. Sin embargo, su principal pensamiento lo ocupaba el cristal. Abordó el tema con cautela, ya que conocía las peculiaridades de la señora Cave. Se quedó atónito cuando supo que había sido vendido.

El primer impulso de la señora Cave, inmediatamente después de que se hubiera subido el cuerpo del señor Cave al piso de arriba, había sido escribir al clérigo loco que había ofrecido cinco libras por el cristal, e informarle de que lo habían recuperado pero, tras una violenta búsqueda, a la que se unió su hija, se convencieron de que su dirección se había perdido. Puesto que no contaban con los medios necesarios para guardar luto y enterrar a Cave en el elaborado estilo que requiere la dignidad de un antiguo residente de Seven Dials, habían recurrido a un amable compañero comerciante en la calle Great Portland. Él se hizo cargo amablemente de una parte de las existencias a tasación. La tasación la hizo él mismo, y el huevo de cristal fue incluido en uno de los lotes. El señor Wace, tras algunas condolencias apropiadas, dichas de manera un poco brusca quizás, se apresuró de inmediato a la calle Great Portland. Sin embargo, allí se enteró de que ya habían vendido el huevo de cristal a un hombre alto y moreno vestido de gris. Y ahí terminan súbitamente los hechos materiales de esta curiosa y, desde mi punto de vista al menos, muy sugerente historia. El comerciante de la calle Great Portland no sabía quién era el hombre alto y moreno vestido de gris, ni le había observado con suficiente atención como para dar una descripción detallada de él. Ni siquiera sabía en qué dirección se había ido tras marcharse de allí. El señor Wace permaneció un rato en el establecimiento, poniendo a prueba la paciencia del comerciante con preguntas inútiles, descargando su propia exasperación. Y por fin, dándose cuenta bruscamente de que el objeto se le había escapado, que se había desvanecido como una visión en la noche, volvió a sus aposentos y se sorprendió ligeramente al encontrar las notas que había tomado, todavía reales y visibles encima de su mesa desordenada.

Como es natural, se molestó y se decepcionó enormemente. Hizo una segunda visita (igual de infructuosa) al comerciante de la calle Great Portland, y recurrió a los anuncios en aquellos periódicos que bien podían caer en manos de un coleccionista de curiosidades. También escribió cartas a *The Daily Chronicle* y a *Nature*, pero ambas publicaciones, sospechando que se trataba de una

broma, le pidieron que reconsiderara sus actos antes de que imprimieran, y le informaron de que una historia tan extraña, y lamentablemente desprovista de pruebas que la respaldaran, podría poner en peligro su reputación como investigador. Además, las necesidades de su propio trabajo eran apremiantes. Así que, tras un mes más o menos, salvo algún aviso ocasional a ciertos comerciantes, abandonó de mala gana la búsqueda del huevo de cristal, y desde ese día hasta hoy, permanece en paradero desconocido. Sin embargo, de vez en cuando él me cuenta, y yo desde luego le creo, que tiene arranques de entusiasmo en los que abandona sus más urgentes ocupaciones y retoma la búsqueda.

Si permanecerá o no perdido para siempre, junto con su material y su origen, es algo igualmente especulativo a día de hoy. Si el poseedor actual fuera un coleccionista, uno se esperaría que el señor Wace, con sus indagaciones, hubiera dado con él a través de los comerciantes. Fue capaz de encontrar al clérigo y al «oriental» del señor Cave —que no eran otros que el Reverendo James Parker y el joven Príncipe de Bosso-Kuni, en Java. Les estoy agradecido por ciertos detalles. Lo que movía al Príncipe era simplemente curiosidad —y extravagancia. Tenía tantos deseos de comprarlo a causa de la extraña reticencia de Cave por venderlo. Es muy posible que el comprador de la segunda ocasión fuera simplemente un cliente casual y no un coleccionista en absoluto; y el huevo de cristal, por lo que yo sé, podría estar actualmente a kilómetros de mí, decorando una sala de estar o sirviendo de pisapapeles con sus extraordinarias funciones totalmente desconocidas. De hecho, ha sido en parte con la idea de tal posibilidad con la que le he dado a esta historia una forma que le dará la oportunidad de ser leída por un lector corriente de ficción.

Mis propias ideas en el asunto son prácticamente idénticas a las del señor Wace. Yo creo que el cristal de Marte y el huevo de cristal del señor Cave están en algún tipo, por ahora bastante inexplicable, de «relación» física, y ambos creemos además que el cristal terrestre tiene que haber sido enviado aquí —posiblemente hace mucho tiempo— desde ese planeta, para que los marcianos pudieran tener una visión cercana de nuestros quehaceres. Tal vez las parejas de los cristales de los otros mástiles estén también en nuestro mundo. Ninguna teoría de alucinaciones vale para explicar los hechos.

Fin

IV

Bibliografía

EBooks@Adelaide [en línea]. Herbert George Wells, 1866-1946.[Consulta: 2014-2015]. Disponible en: <https://ebooks.adelaide.edu.au/w/wells/hg/>

Famous Authors [en línea]. H. G. Wells. [Consulta: mayo de 2015]. Disponible en: <http://www.famousauthors.org/h-g-wells>

Internet Movie Database [en línea]. Tales of Tomorrow. [Consulta: mayo de 2015]. Disponible en: <http://www.imdb.com/title/tt0043238/>

Internet Movie Database [en línea]. The Infinite Worlds of H.G. Wells. [Consulta: mayo de 2015]. Disponible en: <http://www.imdb.com/title/tt0280770/>

LÁZARO, Alberto (2004), H.G. Wells en España: *Estudio de los expedientes de censura (1939-1978)*. Madrid: Editorial Verbum

The Literature Network [en línea]. H.G. Wells. [Consulta: mayo de 2015]. Disponible en: <http://www.online-literature.com/wellshg/>

WELLS, H.G. (2009), *Tales of Space and Time*. Bibliolife